JUAN M. LOPE BLANCH, *El léxico indígena en el español de México*. Jornadas 63. El Colegio de México, 1969, 78 pp.

El punto de partida de este librito es polémico («Algunos de los estudios hechos durante los últimos años en torno a la iufluencia real de las lenguas de sustrato sobre las lenguas invasoras inducen a revisar las conclusiones a que se había llegado en lo referente al español de América», p. 9). Postura exigida por una larga meditación sobre los problemas y por las consecuencias que se imponen del conocimiento de los hechos.

Claro que en primer lugar es necesario fijar qué se entiende por sustrato, pues el significado del término se va distendiendo y al final no querrá decir nada. Señalar como sustrato la mala pronunciación ocasional de hablantes de otras lenguas o préstamos exclusivamente léxicos, resulta bien poco riguroso; porque el primer caso no es sino adstrato y, el segundo, un simple testimonio de intercambio de vocabulario. Veo difícil hablar de influencia de sustrato si nos quedamos en estas acciones marginales. Hay que enfrentar un problema previo: el del bilingüismo, ya que sólo gracias a él se podrá entender el del sustrato. Y problemas de bilingüismo son —con certeza— los que Lope Blanch señala con los números 1, 2, 4, 5, (pp. 10-11) para tomar una postura objetiva ante lo que suele repetirse sin demasiada meditación. Además, no todos los testimonios que aducen los autores son de carácter homogéneo, pues hay algunos, tan limitados, que no sé si merecen ser tenidos en cuenta en un planteamiento de problemas generales y, otros, presentan tantas restricciones en su aplicación, que dudo de su validez. Así, por ejemplo, he estudiado espectrográficamente las «consonantes heridas» del maya yucateco (*Ibero-romania*, I, 177-178), y, sobre no ser constantes en el español de esa Península, en mis materiales ofrecen unos índices de frecuencia muy variados: abunda la *k'*, es escasa la *t'* y no se grabó la *p'*. Cuando se habla de semejantes problemas, hay que enfrentarse seriamente con el de la condición del hablante —su *status* social, su conocimiento de la lengua nacional, su grado de alfabetización en cada lengua— pues, de otro modo, se caerá en el fácil subjetivismo, del que tan penoso resulta zafarse luego. Por eso hace muy bien Lope Blanch eliminando el término enojoso de sustrato y empleando el menos polémico de «influencia» (p. 13, por ejemplo).

Pero ni siquiera la influencia léxica reviste el carácter que se ha querido señalar. Pues no es necesario tomar una postura polémica «a priori»: basta con dejar hablar a los datos. Suele considerarse como universalmente válido el testimonio de un autor, aunque el testimonio pueda ser ocasional o sacado —sin más crítica— de cualquier diccionario o salido de una invención erudita. Un maestro en estos problemas, Marcos Morínigo, ha señalado bien hasta qué punto el americanismo léxico —cuya importancia no cabe atenuar— se presenta en la literatura de creación o científica en unas proporciones que distan mucho de la realidad («hay en

nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en ellos un peso muerto en el mejor de los casos», apud *PFLE*, II, 226).

El librito de Lope Blanch es riguroso en sus planteamientos: despojo de las fuentes impresas y su comprobación en los hablantes mejicanos de hoy, consideración de términos que pertenecen a la lengua común, valoración de las diferencias entre habla urbana y habla rural. Todo ello sirve de preámbulo a lo que es el fin del trabajo: determinar la vitalidad de los indigenismos en la lengua hablada (343 encuestas a lo largo de dos años, con gentes de todos los niveles socioculturales) y precisar el funcionamiento de esas voces en la lengua escrita. Las encuestas fueron de cuatro tipos: 1) conversación libre. 2) id. dirigida hacia temas que, era de suponer, utilizarían muchos indigenismos. 3) id. libre entre dos informantes. 4) utilización de cuestionario. La literatura escrita estudiada, también fue de carácter muy diverso.

Los materiales allegados resultaron impresionantes (más de 2.200.000 palabras grabadas y unas 2.393.000 leídas). De este corpus, un 0.07 por 100 son indigenismos con vitalidad (se eliminaron, lógicamente, los términos de onomástica), entre los que se cuentan —por frecuencia numérica— *pulque, chile, chamaco, jacal, cuate, (ji)tomate, milpa, escuincle, chocolate, elote, coyote, petate, mezquite, nopal, mezcal, huarache, cacahuate, tamal, tequila, atole, metate, aguacate, guajolote, pozol(e), zopilote* y *ocote*. Este material «activo» había aparecido en las grabaciones; pero podía existir un léxico «pasivo» que no hubiera surgido. Para ello se recurrió a preguntar el «corpus total» a cien informantes cuidadosamente seleccionados; se consiguió así una nueva ordenación: 1) voces conocidas por todos. 2) id. con ciertas inseguridades. 3) id. por la mitad de los informantes. 4) id. poco conocidas para la mayoría. 5) prácticamente desconocidas. 6) id. totalmente desconocidas. Los resultados de esta encuesta permitieron obtener consecuencias de índole social. En conclusión: los indigenismos de uso general son 156 (correspondientes a 121 lexemas) y la mayoría son de origen nahua, 9 mayas, 5 tarascos, 1 otomí, otro zapoteca y otro cahita.

Los materiales tal y como se han recogido son de una implacable objetividad. Queda siempre un resquicio de duda para este valor fríamente numérico de las proporciones. En la lista anterior, la ordenación —según mi experiencia— no es la que sorprende a un forastero. Claro que a la reacción subjetiva siempre se podrá replicar con la objetividad, pero ¿es infalible la objetividad? No creo que *guajolote* esté tan bajo en la escala, ni me parece que *metate* o *aguacate* se encuentren tan distantes de *jacal*, o que *escuintle* sea mucho más empleado que *pozole* o *zopilote*. Flota en todo momento la duda ante los contextos, o la casualidad —que nada tiene que ver con el rigor de la investigación— de las apariciones. Lo cierto es que en la lista de la p. 30 (núm. 44) faltan términos que han de tener —al menos en numerosos contextos— un uso bastante frecuente (p. e. *tlapalería, nistamal)*, otros cuyo empleo asiduo está asegurado por nuestras encuestas en muchos sitios *(capulín, zapote)* y alguno de difusión tan universal como *camote*. Por otra parte, ¿tan escasos son, en verdad, *capulín, zapote, camote* y hasta *jícama*?

Lope Blanch ha escrito un acabado capítulo sobre lenguas en contacto y su proyección en el mundo del vocabulario. Una vez más nos encontramos con que la lengua va a remolque de los hechos generales de cultura, y estos materiales son el resultado del enfrentamiento de dos culturas diferentes. No se trata, en este encuentro de lenguas indígenas y español, de una simple transferencia léxica, sino que toda una próvida naturaleza, una forma de ver las cosas, unas designa-

ciones entrañables, etc. han sido adoptadas y adaptadas a la lengua oficial para poder expresar un alma diferente. Por eso, los préstamos estudiados apenas si han necesitado adaptar su contenido a la nueva realidad en que han pasado a vivir; se han integrado, pero no se han adulterado. He aquí qué resultados se obtienen al contemplar la impronta de una lengua sobre otra, pero —para llegar a los resultados— ha sido preciso que, antes, con paciencia, con entusiasmo y con desvelos se haya puesto orden a lo que, por culpa de todos, aparecía harto enmarañado.—*Manuel Alvar* (Universidad de Madrid).